

Obsesión

“El destino nos destroza como si fuéramos de cristal, y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse”

Abul-Ala al-Maari

Comencé preguntándome por qué hacía lo que hacía y a partir de ahí una voz interior me fue recordando de manera insistente lo que mi cerebro callaba.

Despacho amplio, jugoso, con olor a madera recién cortada y paredes encogiéndome como si me encontrara en una jaula japonesa. Mi cuerpo permanecía sentado desde hacía algo más de diez minutos. Pensé: “Será para darse importancia”. Luego: “O tal vez se trate de un idiota que simplemente me observa a través de una mirilla invisible, y lo único que desea es reconocer en mis movimientos o en mis dejaciones algún síntoma de fácil prescripción”. Aproveché ese tiempo desnudo para levantarme y curiosear por el espacioso recinto. Total, si me ve que me vea, ¡qué más me daba!

Había un cuadro con el marco dorado y envejecido sobre el espejo de su mesa, con unos rostros infantiles y sonrientes que flanqueaban la figura de una mujer ya entrada en años. Y más allá las tonterías que los médicos suelen colocar sobre sus mesas para dar más importancia al simple hecho de mentirte cobrando. Me volví a sentar. El acolchado asiento se desinfló bajo el peso de mi cuerpo.

—Padece usted un TOC—me dijo el doctor carraspeando cuando se hubo sentado frente a mí.

Le miré a los ojos mientras éste intentaba leer algo no escrito en ningún trozo de papel. Me di cuenta que ese señor disimulaba muy mal y que intentaba además ser convincente, seductor y amable. Y lo sabía por la voz que usó para condenarme a algo que ni él mismo entendía; una suave fragancia ondulada cruzaba el espacio que había entre él y yo y sus palabras pronunciadas con una sencilla y estudiada cadencia entraron en mi cerebro como si fuese un hilo hirviendo de lava. Me quedé como si no hubiera oído nada y pasaron unos segundos en la vida del doctor y en la mía. Segundos desperdiciados, ausentes, desmayados, inaprovechables ya para estos dos seres humanos. Y pienso: “Deberíamos ser capaces de fructificar todos los momentos de nuestras vidas”. Y, visto de esta manera, seguían mis pensamientos llevándome a un desierto amplio donde las respuestas habían perecido. Por qué respirar, por qué observar

al otro moviendo los párpados en un tiempo tan diminuto. Por qué malgastar tanta vida si al fin y al cabo lo único que yo padecía era un TOC.

—Discúlpeme—dijo esbozando una levísima y educada sonrisa. Y continuó: “Espero que no se alarme, esto le pasa a mucha gente, créame si le digo...”, (a mucha gente, pensé, y mucha gente tiene una pierna partida y el pecho anegado de angustia, y mucha otra gente muere a diario por cruzar una calle. Y hasta niños hay a quienes sus padres les cierran sus ojitos ciegos en las noches tristes).

Los dedos de mis manos se movían creando una silueta bailarina en el espacio, me arrancaba la piel con el filo duro de mis uñas y me hacía sangre, sangre que chupada disimuladamente para que el doctor no se diese cuenta de nada. Era mi secreto, (nuestro secreto).

—No es más que un pequeño desequilibrio propio de la edad y de las circunstancias transitorias por las que usted está atravesando—se justificó.

¿Deseaba en verdad este hombre convencerme de que mi enfermedad no era más que una chiquillada?

—Nosotros (con este *nosotros* se separaba de mí un poco más), nosotros lo llamamos Trastorno Obsesivo Compulsivo; le repito, Tras-tor-no Ob-se-si-vo Com-pul-si-vo, TOC, ¿comprende?—y añadió a la pregunta ese signo que se hace con los dedos cruzando el aire, como diciendo, ¿comprende usted, idiota?

Y añadió:

—Con esta receta en pocas semanas estará usted como nuevo. Eso sí...no se le ocurra interrumpir el tratamiento que le prescribo por nada del mundo.

Y pensé: “Mi reino a partir de ahora serán unas cajas de píldoras coloridas y uniformes, cual soldados formando las líneas de un batallón”. Entonces comprendí que estaba sencillamente perdido, en manos de un miserable estudioso que se ganaba la vida engañando a los demás y en medio de un mundo irreductible y cegador.

Llegué a la calle perturbado. Ni siquiera percibí —tonto de mí— las fragancias perfumadas de los gladiolos del parque, ni los mirlos orgullosos elevando sus plumajes en el filo de las cumbres. La tarde...la tarde, esa eterna pasajera que nos enciende el alma y se apaga de pronto, abandonándonos en la más absoluta de las orfandades. Me dije: “No seas imbécil, ya que naciste con la comedia prudencia que te dieron tus padres, ahora no juegues a *eso*, no hagas caso a las mentiras y obedece sólo a tu corazón”. Tomé, pues, el 25 que tarda un poco más en llegar a casa. Necesitaba tiempo, necesitaba espacio, distancia, calma y sobre todo, silencio para pensar en mis cosas. Incliné mi espalda sobre el sucio asiento y giré mi rostro hacia la ventanilla por donde penetraban los colores huidizos de la tarde que se iba. En poco tiempo, me dije, los ocres darán paso a los azules hermosos y difuminados del cielo, y luego el negro profundo de la nada, lo negro, lo ausente, con sus miríadas de puntitos manchándolo

todo. No reparé en los pasajeros que bajaban y subían del autobús. No me importaban. Ellos no poseían un TOC. Y si lo sufrían lo disimulaban muy bien. Y entonces me dije cuántos locos hay sueltos por el mundo sin que nosotros lo sepamos. El vecino de asiento fumaba con descaro aun sabiendo que era un acto prohibido. Pero exhalaba las bocanadas con la suficiencia de quien no tiene nada que perder. ¿La vida? ¿Qué puede importarnos más que la propia vida? Tal vez la antesala de ella, los sentimientos, los terribles y oscuros protagonistas en el sentido exacto de la palabra. Pero mis compulsiones, ¿cuáles eran? ¿Acaso observar a la gente y reírme de todos? ¿Vivir? ¿Gozar? ¿Sufrir como un condenado contando minuto a minuto el tiempo que se acaba? ¿Mi tiempo, ese infame alarido de la muerte que antecede a la Nada?

Llegué a casa con la única presencia de las estrellas cuajadas en el cielo. Saqué las llaves y abrí la puerta. Después la cerré. Volví a girar la llave dos veces, y luego hice lo propio pero en sentido contrario. Por fin, decidido, volteé la llave por última vez hacia la derecha, empujé resuelto y la puerta bailó como una esbelta diva en medio del escenario. Mi casa estaba en silencio. Conté hasta veinte allí mismo, en el zaguán, de pie, solo, callado, estremeciéndome de miedo en el espacio fuliginoso. Al llegar a veinte (reconozco que desde el quince en adelante conté mucho más rápido) abrí los ojos, apreté el interruptor y entonces la luz del pasillo regó con su leche la galería hasta alcanzar el final de la misma donde comienzan a repartirse las habitaciones. Respiré profundamente y me acordé del doctor. “TOC”, —me dijo. “Usted padece un TOC”. Y reí. No lo pude evitar.

Entré en mi habitación y me desnudé poniendo un cuidado exquisito en no arrugar la camisa ni el chaleco. Luego los pantalones (lo que más me fastidia quitarme porque he de mantener el equilibrio y eso me cuesta). Doblados perfectamente los coloqué sobre el galán. Después fui al baño. Como la luz del mismo es de esas fluorescentes, tarda unos segundos, unos eternos segundos en encender. Tiempo perdido que me angustia el alma y me tortura cada día. ¡Dichosos aparatos modernos! Lavé bien mis manos (recordaba los lugares por donde había rozado con mis dedos, las puertas de la clínica, los papeles de las recetas, la palma sudorosa y tierna del médico cuando nos dimos las manos para despedirnos, el asiento del autobús, el ticket que metí en el bolsillo izquierdo de mi pernera. Y luego las llaves de mi hogar, las plateadas y limpias y las enmohecidas por la falta de uso. Me restregué los dedos y las palmas sin desmayo. Luego las sequé y las embadurné con una crema especial antitodo, que nutre y penetra en la piel, sanándola.

“TOC”, sonaba en mi cerebro. ¿Pero por qué demonios habrá barruntado ese disparate de diagnóstico? Ya me lo dijo Gólubev: “Todos los médicos son unos sacabilletes, unos matasanos y unos sinvergüenzas”. Y no le hice caso al bueno de Gólub.

Sonaron las diez en el reloj de la salita. Me quedé quieto y me persigné otras tantas veces. Luego recé un Padrenuestro y un Avemaría y de nuevo me persigné otras diez veces. Es mi costumbre, ¿acaso no la comparten?

Pensé: “¡No te has duchado!”, y el pensamiento viajó por los pasillos y rincones de mi casa, rebotando, escondiéndose bajo las camas, modulando su eco conforme pensaba en

él, rechinando en los espejos de metal, en las lámparas, encendiendo y creando sombras y figuras de espanto. “¡No te has duchado!”, sentía en el interior de mi cerebro y fue tanta la angustia que me atrapó en sus brazos que me hincué de rodillas y le pedí perdón al Dios verdadero, al que nunca miente, al que siempre me acompaña. Cogí con mi mano izquierda la medallita que llevo colgada del pecho y con los dedos temblorosos, la besé una y otra vez, una vez y otra, hasta que mi alma dijo ¡basta! Y entonces me calmé sentado sobre las frías losas del suelo.

Mi frente sudaba. Todo en mí era calor, fiebre, sangre derretida y esparcida por toda la casa. Echado sobre el frío del mármol noté que mi paz se ahogaba en las repetidas impertinencias de la vida. No podía evitar el hecho de preguntarme cuáles eran esas compulsiones mías que según el doctor me estaban contagiando de mierda. Noté mi estómago vacío. Quise cambiar de pensamientos y me levanté apoyando la palma de mi mano sobre una pequeña fisura del suelo. Me dirigí hacia la cocina, encendí la luz y abrí el frigorífico para comer algo. Y pensé: “Hoy es lunes, toca verdura”. De nuevo la insaciable repugnancia de tener la vida ajustada a un quehacer concreto. La libertad, dónde estaba. Mis padres, me dije, me engañaron desde pequeño. “La libertad, hijo mío, la libertad, es lo único que tenemos”. Sin embargo, cumplidos ya los cuarenta y siete todavía no he encontrado ese maravilloso elixir que dicen ayuda a vivir. Y experimenté ese vértigo que a veces nos invade cuando nos sabemos totalmente solos en el mundo y me pregunté por qué, cuál era la clave de todo, cuál el sentido de vivir repetidamente miles de vidas paralelas. Me acordé entonces de Alejandro y César, de esas vidas paralelas que leí siendo apenas un adolescente y que no comprendí en su momento. (Ahora sí). Y la angustia invadió mi corazón hinchándolo como si fuese una esponja del baño. Repetir, repetir, repetir, hasta el fin de los tiempos, hasta que la saciedad cobrara forma y se volviera de carne, de piedra, de hueso... Después de comer no supe nada más. Me vi tumbado en el sofá mirando al techo, a las pequeñísimas sombras que aparecen y desaparecen cuando te quedas fijo mirando a un punto. Cerré los ojos, los apreté con las yemas de mis dedos, y en el fondo mismo de la oscuridad fueron apareciendo figurillas de mil irisaciones. Pensaba, rojo, y una mancha roja aparecía y se formaba en el centro de mi ceguera. Luego pensaba, azul, y el azul tardaba un poco más en surgir, pero lo hacía, emergiendo del fondo de mi alma de demonio cuando de pronto se descomponía frágilmente como se deshace una bruma de agua condensada. Luego miré hacia la ventana y me recreé en las tinieblas de hollín de más allá de los tejados y en las claridades que reflejaban las ventanas de los *otros*. Los otros, qué harán ahora en sus casas. Experimenté un deseo irresistible de saber cómo maceraban la mierda de sus vidas los demás. Cómo se las arreglarían. Una vez en el trabajo me dio por pensar que siempre hay una inmensa parte del mundo que no vemos. Y cuando fijamos nuestra atención en algún objeto, en alguna silueta, qué pasa con lo demás, qué hacen las cosas cuando les doy la espalda y mis ojos ya no las perciben. Pensamiento que me torturó demasiado y me entró miedo y quise mirar de pronto hacia todos los lados a la vez, hacia delante, hacia detrás, arriba, abajo, me volvía rápido girando la cabeza con nerviosismo pero los objetos que me rodeaban *simulaban* estar siempre en la misma posición y ocupando el mismo espacio. Por muy rápido que volteara mi cuerpo siempre

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

